

CRONICA

"Este es el momento más importante de mi vida y no puedo hablar por la emoción, ustedes entienden".

Chavela en el Olympia

LUZ DE LUNA SOBRE PARIS

Carlos Cortés

Como si se tratara de una secta carismática que después de un milenio recibiera por fin la visita de su mesías, así se puso de pie el Olympia, así aplaudió y así gritó cuando a las 8:45 de la noche ingresó el sumo sacerdote de la liturgia que acababa de comenzar.

Con un papel en la mano e irreconocible en un francés pésimo pero que en él, dirían los acólitos, solo podía resultar genial, Pedro Almodóvar, el más famoso cineasta español, empezó a alabar a quien durante la siguiente hora y pico mantendría en vilo, con el solo poder de su hilo de voz, a todo un teatro desbordado.

Almodóvar habló de su pasión más amada: Chavela Vargas.

Con una emoción que iba del español entre dientes a un francés de una pronunciación remota, intercalando expresiones de jerga almodovariana —para sus fanáticos, que pululaban en el auditorio—, pero que solo le añadía pimienta agridulce a la escena, el director del cine habló de lo que parecía ser la mujer de su vida.

Lo había hecho ya, con el mismo entusiasmo y calor, cinco días antes, en *Le cercle de minuit*, la revista cultural más importante de la televisión francesa, invitando al concierto del 10 de octubre en el Olympia.

Ahí la habían presentado como lo que parece ser Chavela Vargas en España y en Francia: "La cantante mexicana más famosa".

Pero aparte de esa referencia televisiva poco se sabía de ella en París: el *Pariscoppe*, el indispensable semanario que cuenta de todo lo que ocurre en la ciudad luz, nada decía; el *L'official de Spectacles* apenas la mencionaba; las ventas del concierto eran lentas, según una empleada de las taquillas de la tienda FNAC —donde es

posible comprar cualquier *objeto cultural*, incluyendo tiquetes—; y para colmo los lunes el Olympia y la mayoría de los teatros descansan.

Los pronósticos no parecían buenos.

Pero ese lunes amaneció *Liberation* dedicándole media página al ritual iniciático de la noche y el buen augurio se cumplió y rebasó cualquier expectativa.

Llegamos apresuradamente en un taxi que, en el último tranco, nos llevó, a María y a mí, de la gigantesca manzana de la Opera hacia una avenida más estrecha, pero no menos impresionante, y así hasta una inmensa e iluminada marquesina donde una multitud desordenada se abría bulliciosamente paso dirigiéndose al vestíbulo principal.

Era el Olympia, quizá la sala de conciertos populares más célebre de París.

Un afiche, a la entrada, presentaba en un pose hierática a la razón de los desvelos de todos quienes estábamos ahí.

Pasamos rápidamente a un gran salón de bienvenida, totalmente atiborrado, que remata en dos pequeñas puertas, una a cada lado, que desembocaban en el patio de butacas. Ahí esperamos quizá diez minutos y nos vimos virtualmente rodeados: detrás de nosotros Ana Belén conversaba con otras dos estrellas del cine español que no reconocimos.

A la primera llamada nos dirigimos obedientes hacia el auditorio no sin antes detener la vista en la *Troupe* Almodóvar: toda *La Movida* madrileña —como se conoció el movimiento cultural que encarnó el entonces marginal cineasta en los ochenta— se había trasladado a París presa de un raptó contagioso y vocinglero.

Todos estaban ahí porque su gurú los había convocado y su credo reclamaba

Con sus brazos arqueados, extendidos o tensos, Chavela maneja la atmósfera del espectáculo en París, como lo hizo en el concierto realizado en abril en Costa Rica.

CRONICA



La revista cultural más importante de la televisión francesa presentó a Chavela Vargas como lo que parece ser en España y en Francia: "La cantante mexicana más famosa".

una voz única y potente: la Vargas.

Al igual que nosotros, Bibi Anderson, el/la travesti más famoso(a) de España, el resto del elenco de *Kika*, la última película del Almódovar —en la que Chavela interpreta la banda musical—, y la fauna mexicana de París nos fuimos embutiendo afiebrados en los asientos mientras todo comenzaba.

Pedro Almódovar inauguró la noche repitiendo algunas de sus obsesiones y su amor por la Vargas y por todo lo que ella representaba. Había buscado esa voz que lo recordaba por dentro desde su adolescencia y ahora que por fin la encontraba no iba a volver a hacer ninguna película si ella.

Todo esto lo dijo en medio de ovaciones, risas, suspiros, aplausos, chistes privados y guiños de un mismo lenguaje: como en un ritual, todos estábamos enterados, todos íbamos detrás de la misma experiencia.

Luego presentó sobradamente a los músicos —tres guitarristas magníficos y un percusionista que desapareció tras el primer toque—, se dio media vuelta y el punto de luz del seguidor empezó a abrirse hasta platear una figura menuda y plantada que extendió los brazos para recibir un largo aplauso...

...y empezó a cantar.

Todo al mismo tiempo. Todo a la vez: todo y toda ella y todos fuimos una sola melodía hipnótica: *Macorina*, y el verso áspero y corrosivo y también dulce: *Ponme la mano aquí, Macorina, ponme la mano aquí...*

Chavela iba vestida como siempre lo ha hecho: esta vez el sarape era rojo y entrecruzado de líneas blancas; y debajo se adivinaba un pantalón y una camisa igualmente traslúcidos.

Crecida hasta más no poder, con una voz nítida y clamorosa, movimientos envolventes y templados, como un músculo cuidadosamente preparado largo tiempo para articu-

lar la tensión más perfecta en el instante mayor de la vida, y un repertorio clásico basado en los terribles y apasionados cantos y lamentos mexicanos que la han hecho famosa, Chavela Vargas cantó sin interrupción 50 minutos...

...50 minutos en los que habló muy poco, silenciada la lengua por la emoción, y cantó mucho, sin inmutarse, y siempre dueña de un estilo trágico para "poner en escena" amores desaforados, pasiones tremendas, olvidos imposibles...

...hasta volver loco a un público —español en su mayoría— que a cada rato le gritaba: ¡Divina!, ¡Guapa!, ¡Bendita la puta madre que te parió! o ¡Viva México! o le reclamaba las canciones de su corazón: *Luz de luna, Llorona, Cruz de olvido, Volver...*

"Este es el momento más importante de mi vida y no puedo hablar por la emoción, ustedes entienden", dijo con un suave acento mexicano y la voz radiante, totalmente dueña de sus posibilidades, sabedora de sus encantos y de sus poderes.

Con sus brazos arqueados, extendidos o tensos; con la luz y la voz; el gesto y el silencio, Chavela maneja la atmósfera del espectáculo: a veces la gente coreaba las canciones o la acompañaba con palmas y suspiros; pero en otras en toda la sala solo se oía la dicción cascada y desgarrada de sus cuerdas vocales.

En ocasiones, fiesta, exaltación, celebración; a ratos rezo, mutismo, contemplación; siempre comunión, comunicación: "Cuando el dolor no te deja hablar entonces cantas".

Chavela es interpretación pura, el estilo es la voz y el amaneramiento para transformar un sentimiento o un verso en un susurro dolorosamente imperceptible, en un murmullo a flor de labios, en un sollozo, en un grito total, en un eco ardiente, en un lamento agrió, en un arrullo dulce...

Las canciones son su pretexto para hablar, para llorar, para contar su vida en la intimidad, para contar la vida propia y la de los demás y hacérselas vivir a todos un poco en cada agudo de su voz ronca, de su voz de alarido o de ternura que sabe tender una red siempre nueva de sonidos para atrapar y conmovir el auditorio.

"Los amo, los amo" decía entre besos a un Olympia que deliraba frenéticamente de pie o desde los asientos y al que, después de los primeros 50 minutos y de una ovación cerrada, tuvo que complacer al menos en cuatro ocasiones más.

Para los pocos ticos regados por la sala una reacción tan desbordada nos dejaba un poco fuera de la vida: el Olympia en pleno vocifera-

ba *Otra, otra*, o desde el segundo piso nos llegaba el estruendo en gente golpeando con los pies para hacerse oír en actitud de júbilo, o los gritos eran cada vez más exultantes y personales.

Chavela sabía bien que era su noche.

Se paseaba de un lado a otro del escenario sin saber del todo como disimular una emoción guardada desde hace tiempo: "...no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Cuarenta años después...*", dijo en un amago de chistorrete.

Más aplausos. Risas cómplices. Sonrisas de entendimiento.

El público de las primeras filas, la televisión, los fotógrafos y los periodistas la bordeaban y ella se deshacía en besos, abrazos y saludos: "Los amo, los amo mucho", continuaba diciendo a veces en silencio; a veces apenas mirando al micrófono que, como un obelisco de luz, resplandecía en medio del inmenso escenario.

"Aquí nos podemos quedar cantando hasta el fin de semana...", había dicho al principio. Y sí.

Al verla uno podía pensar que era cierto, que podía cantar toda la vida, que toda la vida era aquella noche, que aquella mujer menuda y a la vez fortísima deseaba cantar el resto de su vida, que el canto era su

modo natural de existir.

El público rió los mismos chistes, quizá no muy buenos, sobre el hígado de Chavela Vargas y los 45 mil litros de tequila bebidos —"por eso no ya no hay buen tequila en México, porque yo me lo bebí todo", había dicho por televisión—, pero que revelaban no tanto su sentido del humor como su sentido de la vida, su sobrevivencia, su renacimiento milagroso.

Viéndola en la cresta de la ola, en los tres minutos de absoluta inmortalidad que a todos nos recetó Andy Warhol, pero que ella ha alargado hasta las tres horas, sacándole el jugo; en el instante en que la fiesta eterniza el tiempo, bajo el seguidor de luz, en la burbuja tejida de su sarape, de su pelo de plata, de su carne dura templada a dolor y amor, Chavela Vargas a veces parecía una niña diminuta en el vendaval ululante del Olympia...

...alzaba los brazos, los extendía hasta tocarnos a cada uno de los asistentes, los cerraba en cruz o en círculo o en pequeños juegos con la nariz y los hombros, semejava un arco tenso donde el arquero y la flecha uno solo, o juntaba dos dedos en un gesto irrepitiblemente mexicano, como diciendo: "*ahorita*,

ahorita" o "*espérate tantito, corazón*"...

Luego de la quinta aclamación y de la quién sabe cuál complacencia, después de los gritos y de los silencios, del último *los amo, los amo muchísimo*, Chavela cantó *Hacia la vida*...

...ahora voy hacia la vida, antes iba... a la muerte..., como quien canta su testamento o el relato de su existencia, como quien repite una letanía, o da testimonio de un milagro obrado en su propio cuerpo y en su misma alma.

El teatro empezó a despejarse suavemente y una lenta fila serpenteaba por las bambalinas para ir a saludarla.

Almódovar, Ana Belén, Bibi Anderson y los otros famosos formaban su claqué monumental, pero los seres de carne y hueso hicieron una apresurada aglomeración para acercarse también a la Vargas.

Al final estábamos unos cuantos ticos y le dimos lo único que le podemos dar a Chavela Vargas: un beso y un abrazo, las gracias y nada más. No tenemos derecho a nada más.

La noche se quedó envuelta en la luz de la luna invisible y sonora de Chavela Vargas y yo pensé que no era la noche de París, que la noche es una sola en cualquier parte.